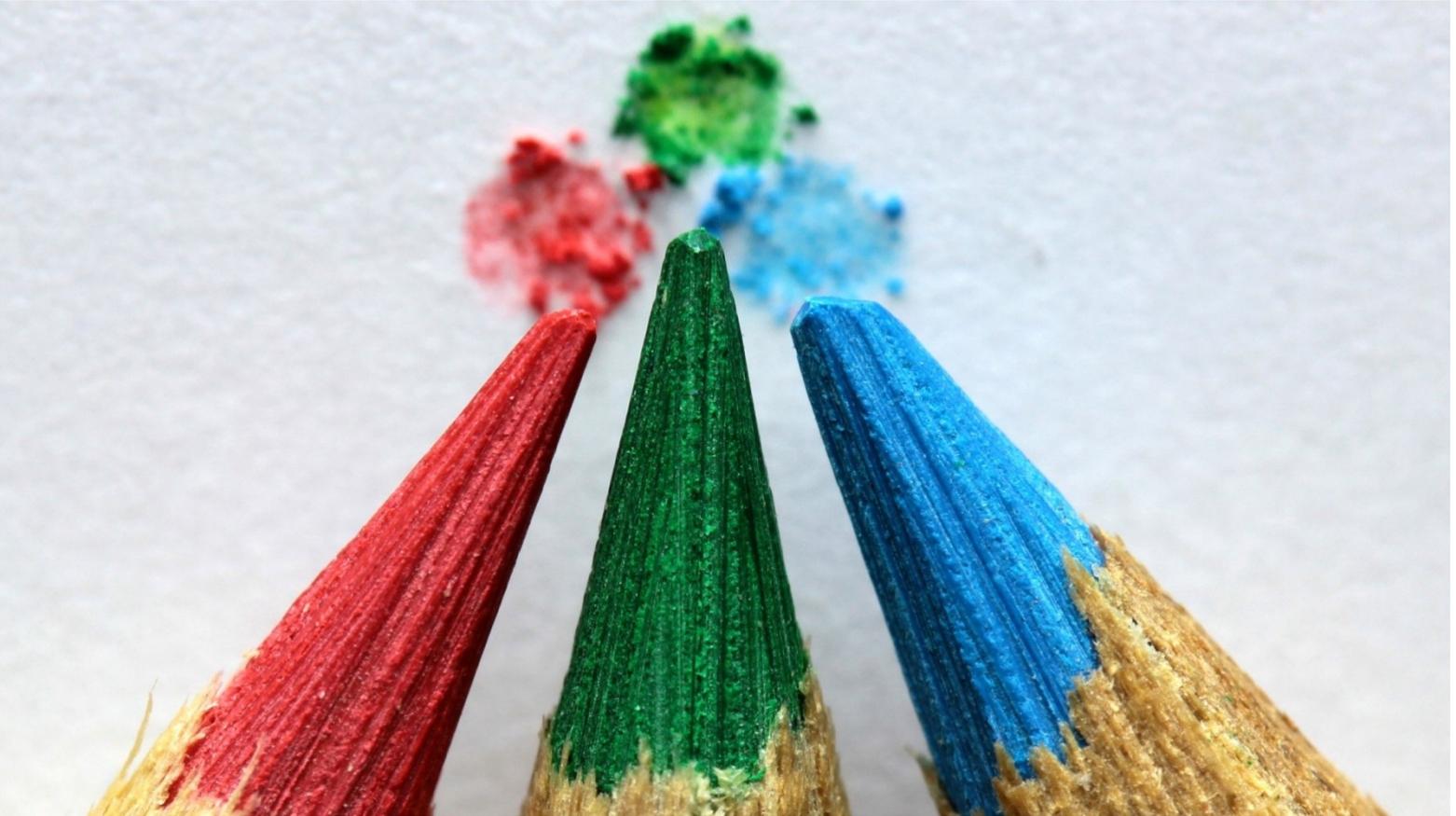


100 años de transformación social: Tiempo de Libertad, Fraternidad e Igualdad



Llamada a los ciudadanos europeos sobre Cataluña.

Queremos, con esta tercera llamada, quitar el polvo de un siglo de dos llamamientos de Rudolf Steiner: la primera llamada fue en medio de la revolución alemana de 1918-1919, tras la gran Guerra (Llamada a los alemanes y al mundo de la cultura, escrito 2 de febrero 1919). La segunda llamada, fue en motivo de Alta Silesia, en que se vivió un conflicto entre dos comunidades que acabó con un referéndum y su partición, más tarde sería el detonante de la segunda guerra mundial (Llamada para el rescate de Alta Silesia, escrito 1 enero de 1921).

Rudolf Steiner propone respuestas al colapso del viejo mundo que condujo a la primera guerra mundial. Frente a las tesis de Wilson que impulsa las fuerzas individuales económica, ve en la cultura y las fuerzas sociales, cuyo desarrollo constituye la misión de los europeos, sin esas infraestructuras culturales se desmoronaría la democracia.

Estos manifiestos se encuentran muy al comienzo de sociedades diferenciadas, bastaba delimitar esas tres esferas, la tarea es construir normativamente esas tres esferas, con

oportunidades, amenazas y patologías específicas para cada esfera. En lo esencial Europa requiere recuperar una misión; la ausencia de horizontes de futuro, de una apertura, activa las fuerzas que nos arrastran al pasado, que llevan al cierre. La cuestión catalana es una oportunidad para dotar a Europa de una misión, pero generando las motivaciones desde una sociedad civil. Aquí la relevancia de los dos manifiestos que busca restablecer, frente rasgos socio-patológicos, motivaciones que solo puede venir desde la cultura.

¿Cómo establecer un clima de diálogo?

La discordia, tanto oculta como abierta, no se puede valorar exclusivamente en términos de costes económicos. Ni en términos desmoronamiento del espacio políticos. Quiebra del espacio público que sustenta lo político como económico. Sin la libre formación de la opinión pública y de la voluntad política se debilita la democracia. La democracia está sometida, por una lado, a las coacciones sistémicas de una economía global, por otro lado, en incremento de las campañas de odio, temor, antipatía, con rasgos socio-patológicos que degeneran en una agresividad desinhibida y socaban las bases del estado nación. Europa no ejerce ese poder de atracción lo que favorece que las naciones vivan reclusas en sí mismas. Es la desconfianza de las naciones lo que las aleja de Europa. Y la confianza las acerca.

España no percibe la profundidad del mal. Este no es Cataluña sino su propia desconfianza el resolver el conflicto enquistado. Los patriotas con cabezas de cartón creen que el formidable conflicto quedará resuelto derrotando el nacionalismo catalán. No buscan ganar, solo derrotar. Tienen fuerza para deshacer, no para hacer. Con esto no buscamos corregir la desviación de puntería de este pensamiento político. La unidad de una nación siempre se hace con una finalidad, es una palpitación de nuevo horizontes, fusiona temperamentos, tiene ben oído histórico, debajo hay una *Weltpolitik(política mundial)*. La casusa del conflicto descansa en la fatiga de la nación que carece de proyectos, por ello regresando a sus manías y tradiciones. La idea nación que fue a espuela hoy es un freno. Mientras Cataluña es un nacionalismo afirmativo, España construye la unidad desde la negación, un pretexto menguado, sin grandes empresas incitadoras.

En un momento en que es recomendable árnica surgen discursos que echan espuma por la boca. El ácido gástrico, de tales discursos, predisponen a la antipatía, culpar a otro y una triple desconexión: con el otro, con la naturaleza y con uno mismo. La actitud agitadora no logra más que convencer a fieles, no se esfuerza en exponer buenos argumentos para persuadir al otro, unir fuerza, ampliar la base. Cuando un loco se convence de algo cree que, al mismo tiempo, los demás mortales también están convencidos. Lo que uno quiere comunicar apenas siquiera se comprende. Se carece de impulsos volitivos nuevos. Prevalece

la actitud de simpatía o antipatía. Para evitar la repugnancia a los discursos que se han vuelto ideológicos hay que expresar estos desde el sentimiento.

Futuro y transformación social.

El resultado es que tenemos una caótica vida económica, sin plan, ni ideas; una vida política convertida en un juego del poder, en que prevalece la actitud agitadora; una vida espiritual vacía. La incapacidad de hacer emerger el futuro nos arrastra al fundamentalismo, regreso al pasado. La intransigencia, irremediablemente, refuerza el irredentismo. El discurso buscan vencer ante que convencer. No sólo se renuncia a convencer a los infieles, se renuncia a una ruidosa bien argumentada lucha de ideas con fuerza persuasiva para dirigirse al convicto. Necesitamos volver a aprender a dialogar y convivir con quien opina diferente.

En su lugar hay una renuncia hacer política: encogerse de hombros y esconder la cabeza. El problema alcanza dimensiones que afectan al orden público. La esclerosis que sufre la Unión Europea ahora tiene dimensiones políticas. Esa esclerosis se traslada a los Estados miembros.

Cuando los ciudadanos ven socavada la democracia, cuando no tiene la menor oportunidad de participar en las decisiones importantes, etc., surge la necesidad de abandonar las viejas formas políticas. Pero cuando no aparecen nuevas formas se refugian en las viejas. Esa sensación, que una nueva política debe surgir, pero se carece un pensar y voluntad de traerla. Cataluña puede ser en antídoto si en lugar de despliegue como poder nacional busca la respuesta a esa esclerosis europea y abandonar los viejos esquemas del pensamiento social.

Ciudadanía Europea.

Una parte del conflicto catalán tiene una dimensión Europea. Falta que Europa vea que la solución de este conflicto constituye la respuesta la esclerosis europea.

Europa no es la suma de estados, es más antigua que unos estados que surgen en el siglo XVII. Europa carece de forma jurídica, es la metamorfosis de la europeización, esto es, un humanismo que dio lugar a diversidad de literaturas nacionales engendrando las consciencia nacionales de los estados. Sólo a través de un espacio público europeo o una organización social europea la vida económica tendría lugar independientemente de las fronteras nacionales. De modo que el intercambio espiritual entre la gente, separada por límites político, es posible en una Europa ya no separada por fronteras. Esto conduce a la

que idea de “nación” agota su contenido para una integración europea. No desde la base de la economía, ni la política, se trata de basarla en una “idea”.

Europa perdió hace más de una década su “finalidad”. ¿Qué misión tiene Europa? Hoy los políticos se entregan al curso de pluma de la historia. En momento de peligro y extrema necesidad se echan en falta “ideas” (eso que en Grecia nunca tuvo un significado de “ideológico”. Sin “idea” no posible construcción de un “futuro en común”. Se olvida que no hacemos cosas porque estemos unidos, sino que estamos unidos para hacer cosas. Imponer la unidad por ley presupone que esta es anterior a las “ideas” o la “finalidad” libremente elegida.

Crisis de motivaciones.

La Unión Europea se funda en un proceso de transformación en curso. En sí misma no es nada. Hoy, en cambio, carece de “finalidad”. Se desintegra cuando sin fin es mantener el euro.

Hace siglo y medio se fundó el Reich, pero no se le dio una “tarea”. Sin esa “tarea” o “misión” destinó todas las energías materiales al despliegue externo del poder nacional. De tener una misión hubiera desplegado fuerza, de otras características, en dar respuestas a los problemas socio-económicos, políticos y espirituales de la humanidad. Carecía de un gran objetivo que este debía haber surgido de un conocimiento de los poderes del desarrollo a los que debe recurrir la humanidad moderna.

Hasta el estallo de la guerra el mundo no alemán no percibió esa falta de misión. Se había impuesto una visión “práctica” de la vida. Rudolf Steiner señala:

Habría que desarrollar la voluntad de lograr el posible organismo social. No debería presentarse al mundo exterior una Alemania que ha dejado de existir, sino los sistemas espiritual, político y económico, representados por delegaciones independientes, cuya tarea sería entrar en negociaciones con aquellos por los que fue derrotada una Alemania que, tras la confusión de los tres sistemas, se había convertido en un conjunto social insostenible.

La misión no puede venir del desarrollo de las fuerzas materiales, desde el que se establece el Reich, sino desde fuerzas espirituales; aunque sola no significa nada, si la colaboración con las otras dos: en cada ámbito nos preguntamos qué significado damos a la libertad.

Esto supone un completa triformación social: una ciudadanía democrática, la inclusión de ciudadanos libre e iguales en la esfera política; ciudadanos con una vida privada autónoma, la inclusión en la vida económica; ciudadanía libres en opinión, creencias, para su inclusión en la vida política. Estas tres esferas han de establecer una cooperación saludable. Si un

ciudadano político activo no es independiente de la esfera economía caerá en un conflicto de intereses entre lo público y privado.

Misión.

Thomas Mann plantea el dilema entre una Alemania Europea y una Europa alemana. Rudolf Steiner señala cómo la unificación alemana carecía de misión, se dedicó a despliegue de su poder económico y tecnológico, la identidad del pueblo Alemán tenía que basarse no su responsabilidad ofreciendo a Europa soluciones, no buscando su hegemonía y dominio. Cataluña tiene una identidad cultural con un enorme potencial de innovación social y cultural para España y Europa. Más en este momento en que España se expande una identidad fundamentalista basado en un pasado sin perspectivas de futuro. Europa no está mucho mejor.

El conflicto e España se polariza con la cuestión catalana. Los “unitarios” creen que basta aplicar el yunque. Vería como la península se convierte en una pululación de mil cantones. Creen que se combate contra una frivolidad, un movimiento artificioso nacido del capricho, no se les ocurre pensar que sea el síntoma de un estado en descomposición. Que el problema no sea Cataluña sino España; o esas regiones con almas rendidas, suspicaces, sin confía. ¿Qué preocupa del nacionalismo afirmativo, renovador, europeísta, etc., de Cataluña?

Por ello se está planteando la solución en forma disyuntiva: o sublevarse o claudicar. Es una ingenuidad dicho dilema. Por qué no refleja más que la repetición de esas palabras que antaño eran vivaces y que hoy son cartón piedra. Con este dilema no se emprende nada nuevo. Ni en lo político ni en lo científico ni en lo moral si se carece de misión.

La cuestión catalana debería de plantearse en término europeos. Darle, si se quiere, una dimensión europea. No sólo por las consecuencias que pueda tener para Europa. Se trata de abordar el saneamiento de la dimensión económica, jurídico-político y cultural-espiritual más allá de las fronteras. Sabemos que la economía tiende al desgaste, al igual que la vida la política; las relaciones sociales trabajan, sin cesar, en reparar. Por ello deben de ser totalmente independiente del organismo económico y político.

Cuando se regenerar, se europeíza. Uno es deseo, otro medio; uno es problema, otro es solución. ¿En qué consiste esa cooperación entre las producciones culturales o espirituales y la esfera pública? Europa necesita recuperar esa finalidad, pero a partir de motivaciones culturales, que surgen no en las élites políticas o económicas, sino en la cultura o espíritu. Cataluña careciendo de estado, o por ello, tiene una robusta sociedad civil innovadora. El romanticismo en el mediterráneo fue capaz de hacer algo más profundo que la “unidad

nacional”, esto es, reformas administrativas y políticas; con *Risorgimento* apela a un renacer cultural y social que cuestiona las formas clásicas y tradicionales. El modernismo catalán regresa al origen: la naturaleza orgánica.

Sin las motivaciones generadas por la sociedad civil la política carece de fuelle para configurar una voluntad política con la que abordar el desafío del cambio climático, la regulación de los mercados financieros, los riesgos tecnológicos mundiales (transgénicos, nuclear, etc.), el respeto de derechos humanos, etc.

Partiendo de la tragedia que supuso la primera guerra mundial el “Llamamiento al Pueblo Alemán” expone la necesidad de abandonar las antiguas coordenadas mentales; la ausencia de misión lleva a la expansión de poder hegemónico; la misión de las naciones es tratar de ofrecer respuestas a los desafíos sociales, políticos y culturales de la humanidad desde el desarrollo cultural y espiritual europeo. Las civilizaciones mueren por petrificación de las creencias, crearse al pasado. La tarea de esa misión recae en las almas del pueblo, esto es, una misión cultural cuyo sueño sería reconciliar Jerusalén y Atenas.

Grupo promotor del Seminario de Triformación Social:

Jordi Ortega, Alfons Vinyals y Oriol Costa

Redactor del 3er Llamamiento: Jordi Ortega.